



LA FIGURA DE LUCIO BLANCO.

UNO de los hombres más interesantes, entre civiles y militares, que figuraron en la Revolución mexicana, ha sido, sin duda alguna, Lucio Blanco. Atractivo, insinuante, tenía la cualidad suprema de hacer amigos que lo querían y lo admiraban. Su carácter abierto, su franqueza extraordinaria, le dieron fama en todo el norte de la República. Pariente cercano del general Miguel Blanco, Ministro de la Guerra de Juárez, nació en Coahuila, en donde su familia disfrutaba de buena posición.

En ese mismo Estado secundó el grito de rebelión del señor Madero, y, después, el movimiento constitucionalista iniciado en el Saltillo por el señor Carranza, el 19

de febrero de 1913, desconociendo el gobierno de Victoriano Huerta. El jefe de la Revolución le dió instrucciones a Lucio Blanco para que se apoderara de la plaza de Matamoros, y con un puñado de hombres ocupó esa población el día 4 de junio de ese mismo año, después de reñido combate. Entonces se convirtió en un prócer. Ayudaba a todos los revolucionarios que llegaban a ese lugar de diferentes partes del país. Los vecinos de Brownsville iban a conocerle, y después de ello se convertían en aliados fervorosos de su causa.

Tan pronto como ocupó esa plaza se le dieron nuevas órdenes. Debería avanzar inmediatamente hacia el sur, a tomar otras ciudades, dejando guarnecido Matamoros. Pero no había poder humano que lo hiciera abandonar esa ciudad fronteriza. El señor Carranza le dirigió comunicaciones terminantes; le envió comisionados que le hicieran ver que era inconveniente permanecer inactivo; le ratificó el grado de brigadier que él mismo se había dado, ascendíendose de teniente coronel a general; le habló de los triunfos obtenidos por otros jefes del Ejército Constitucionalista, para alentarle y estimularlo; le hizo ver la gloria y el renombre que

obtendría si conquistaba otros brillantes lauros como los de Matamoros. ¡Todo era inútil! Por nada de este mundo quería abandonar esa plaza, que conquistó con su esfuerzo y su heroísmo. Los norteamericanos estaban admirados. Diariamente hacían peregrinaciones para hablar con ese hombre, que los recibía como un gran señor, abrazando tiernamente a su madre. Esa actitud los conmovía y los fascinaba, y al día siguiente aumentaban los visitantes y las facilidades para adquirir toda clase de elementos al otro lado del río.

Hombre espléndido como nadie. Como nadie gastó el dinero. Ni Roberto Pesqueira ni Francisco Serrano derrocharon torrentes de oro como Lucio Blanco. El sabía que el dinero sirve para mitigar las penas de los pobres y los menesterosos. Y no había nadie que se acercara a él que no lo auxiliara a manos llenas, sin alarde ni ostentación, imprimiéndole a su acto generoso un señorío y una elegancia como si fuera un príncipe del Renacimiento italiano, desprendido del soberbio Palacio Ducal de Venecia. De tal manera hacía el favor, que las gentes pobres y desvalidas se retiraban con la impresión de que ellas fueron las que colmaron de bienes y ven-

turas a Lucio Blanco. No nació para el trabajo burdo. El trabajo burdo no es para los príncipes. El rasguitar y el puntear de una guitarra y el puntear de un vihuela lo enloquecían hasta el delirio. La charla de sobremesa era su deleite. Se perdía horas enteras conversando con sus amigos. Para él no había apremio ni acicate que lo impulsara a los prosaicos afanes de la vida diaria. ¡Qué hermoso debe ser no sentir jamás clavado en el pecho el aguijón terrible de la labor inmediata y apremiante, de la obra del día, del trabajo de la hora! ¿Cómo el señor Carranza pretendía que abandonara Matamoros?

Cuando el señor Carranza le dió instrucciones a Lucio Blanco para que marchara al sur de Tamaulipas, el jefe de la Revolución estaba en Piedras Negras. Era el mes de junio de 1913. El señor Carranza recorrió después, a caballo, desde Piedras Negras a Torreón; de Torreón al sur de Chihuahua; del sur de Chihuahua a Durango; de Durango a Sinaloa, y de Sinaloa a Sonora. Seis meses después todavía permanecía Lucio Blanco en Matamoros. Allí comenzó a repartir tierras; pero el señor Carranza juzgó prematuro ese acto. El antiguo gobernador de Coa-

huila había llegado a Nogales. Y grande fué su asombro al enterarse de que aún permanecía en aquella plaza el glorioso guerrillero, que bien pudo haberle dado más días de esplendor a la Revolución. ¿De qué estratagema valerse para que abandonara Matamoros?

El señor Carranza mandó al licenciado Jesús Acuña a Matamoros, para decirle a Lucio Blanco que se presentara en Nogales a la mayor brevedad posible.

—Dile al jefe que nada más que arregle unos asuntos que tengo pendientes, y me presentaré en Nogales,—dijo Lucio Blanco.

—No; tengo instrucciones de llevarte, porque te van a dar una comisión delicada; no te abandono hasta que marchemos juntos a Nogales, donde nos espera el Jefe.

Al día siguiente salieron para Nogales, Sonora, por el lado de los Estados Unidos. Solamente de esta manera se pudo arrancar a Lucio Blanco de Matamoros. Ya no volvería nunca a esa plaza. Al presentarse en la Primera Jefatura, el señor Carranza le dijo:

—Mi hermano Jesús tiene instrucciones de tomar el mando de las fuerzas de

Matamoros, y usted se incorporará al Cuerpo de Ejército del Noroeste.

De esta entrevista salió Lucio Blanco frenético, rabioso. Al llegar al hotel Escobosa desató el torbellino de su ira y comenzó a gritar en el corredor como un desesperado. Rugía de indignación en contra del Primer Jefe, y lanzaba un chaparrón de denuestos. El doctor Miguel Silva, Pesqueira, Angeles, Bonillas, Escudero, Zubaran, Pérez Abreu, Guzmán, Martínez Alomía, Carlos Domínguez, Breceda, Fabela, todos salimos de nuestros cuartos a calmarlo. Pero no había palabras de afecto ni frases de amistad que mitigaran su dolor y su rabia, hasta que al inquieto de Martín Luis Guzmán se le ocurrió arrojar unos "triquis" encendidos—cohetes chinos—a los pies del vencedor de Matamoros, y todos aplaudimos la extraña ocurrencia y le gritamos vivas al héroe; entonces Lucio Blanco comenzó a reírse a carcajadas, y exclamando airoosamente, "con esos pelados sinvergüenzas ni el derecho tiene uno de enojarse," trataba de salvar a toda costa la zona infernal donde estallaba con estrépito aquella cadena interminable de cohetes, que se usan tanto

S E N D E R O S

en esa región de nuestro país para demostrar la alegría y el júbilo.

A Lucio Blanco lo habían arrancado de su feudo. Disipado entre los disipados. A su paso latía el corazón bajo el casto peplo de las hermosas. A cada población que llegábamos, Lucio Blanco era el preferido, era el mimado. En las plazas, en las calles, en los bailes, se le veía rodeado siempre de las muchachas más delicadas y, para restarle prestigio y fuerza, cada amigo se proponía gritarle, para que lo oyeran todos, alguna frase relacionada con una esposa imaginaria, para que lo creyeran casado y lo abandonaran las mujeres bellísimas, fascinadas por ese moro conquistador.—Lucio, en el hotel hay una carta de tu esposa!—; De Matamoros telegrafió hoy tu señora preguntándole al Primer Jefe por tí!—; Tu mujer tiene enfermos a los niños, y tú divirtiéndote!—Pero él seguía radiante, nadie conseguía dispersar esos alegres grupos. Al contrario, Lucio Blanco adquiría más fuerza y prestigio. Las bromas de sus amigos, encendían y avivaban más la llama de la admiración que por él sentían aquellas jóvenes ineautas y hermosas.

Gozar, divertirse, esa era su vida; esa

era su misión. No sabía de penas, ni de amarguras, ni de sinsabores; y si acaso tenía un dolor, una contrariedad, los ahogaba en el vértigo de la alegría; y si estaba contento y dichoso, había también un motivo supremo para entregarse en los brazos fascinadores del goce y la disipación. Se adormecía dulcemente al son de las melancólicas canciones del norte, como los árabes al blando rumor de las fuentes de la Alhambra o del Generalife. Amigo entre los amigos, era capaz de todo por ayudarlos y sacrificaba por ellos una posición brillante, como pasó con Angeles, para salvarlo en los días de la Convención de Aguascalientes.

Incorporado a las fuerzas del general Obregón, peleó bizarramente en El Castillo y Orendáin. El día 20 de agosto de 1914, entró a la ciudad de México, a la izquierda del Primer Jefe de la Revolución. Era en esos momentos una figura política de primer orden. Venía al frente del cuerpo de caballería más grande, hasta esos días, que se había formado en la Revolución. Mas, a pesar de todo, no era un militar como Obregón, ni como Diéguez, ni como Hill, ni un guerrillero como Villa. Era, ante todo, un político. Un político

S E N D E R O S

que tenía la fuerza poderosa de su atracción personal, de su inteligencia clara, y el mérito indiscutible de haber figurado entre los primeros en el movimiento constitucionalista.

Cuando el ejército revolucionario ocupó la ciudad de México, el caudillo sonorense volvió a su antigua obsesión: que se elevara a ley constitucional la prohibición absoluta de que todo militar que figurase en una asonada, cuartelazo, sublevación o motín, quedara por ese solo hecho imposibilitado para ocupar la Presidencia de la República. De esa manera se acabarían para siempre las ambiciones de los militares.

—¡Y con las ambiciones de los civiles! —exclamó Lucio Blanco.—Y acabamos con las ambiciones de los civiles y de los militares, si se sienta el precedente firme y honroso de que los altos funcionarios de la nación, presidentes, ministros, gobernadores, al abandonar el poder, permitan que se les haga una minuciosa liquidación. “Subí con tanto, bajé con tanto.” De esa manera acabaremos con las iniquidades y las infamias que asuelan a nuestro infortunado país.